

Al instante se suscitó un fuerte murmullo entre los espectadores, que remató en un sinnúmero de vivas y exclamaciones.

Inmediatamente advertí que aquel era un personaje distinguido, porque todos le hacían muchas reverencias al pasar.

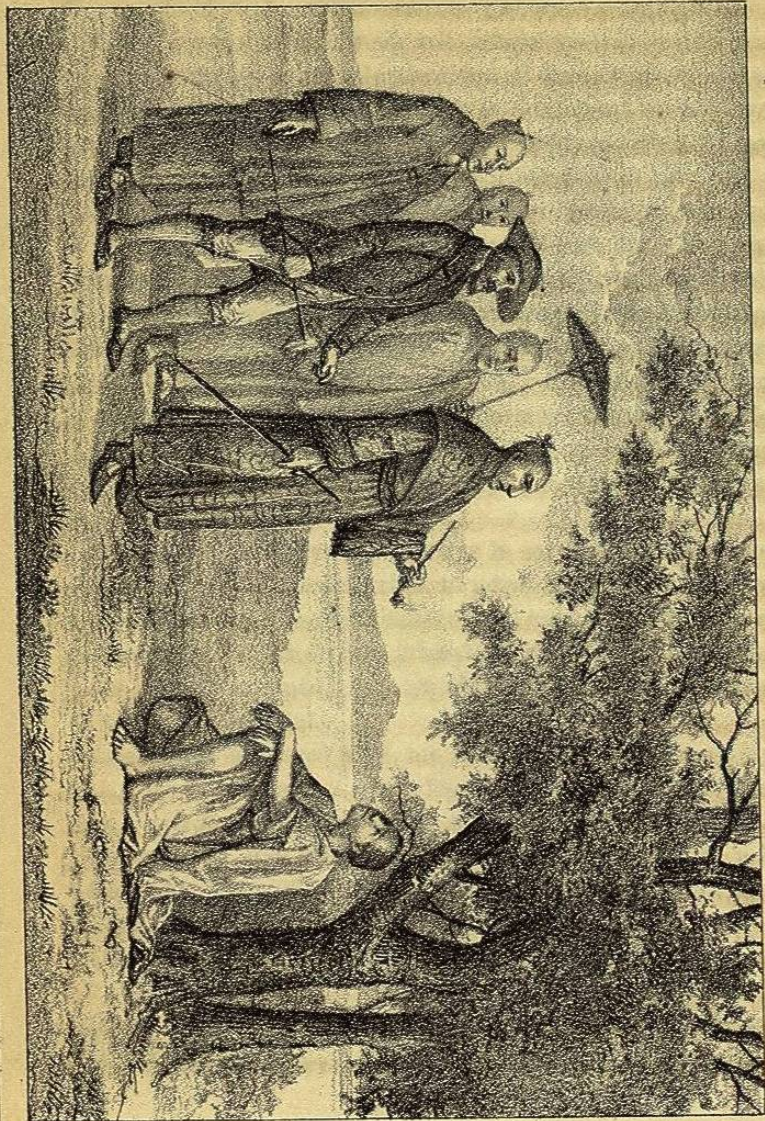
No me engañé en mi concepto, pues luego que llegué á su casa advertí que era un palacio, pero un palacio de la primera gerarquía. Me hizo poner en un cuarto decente: me proveyó de alimentos y vestidos á su uso, pero buenos, y me dejó descansar cuatro días.

Al cabo de ellos, cuando se informó de que yo estaba enteramente restablecido del quebranto que habia padecido mi salud con el naufragio, entró en mi cuarto con el intérprete, y me dijo: y bien, español, ¿es mejor mi casa que la mar? ¿Te hallas bien aquí? ¿Estás contento? Señor, le dije: es muy notable la diferencia que me proponeis: vuestra casa es un palacio, es el asilo que me ha libertado de la indigencia y el más seguro puerto que he hallado despues de mi naufragio: ¿no deberé estar contento en ella y reconocido á vuestra liberalidad y beneficencia?

Desde entónces me trató el isleño con el mayor cariño. Todos los dias me visitaba y me puso maestros que me enseñaran su idioma, el que no tardé en aprender imperfectamente, así como él sabia el español, el inglés y francés, porque de todos entendia un poco, aunque lo champurraba mucho con el suyo.

Sin embargo, yo hablaba mejor su idioma que él el mio, porque estaba en su tierra y me era preciso hablar y tratar con sus naturales. Ya se vé, no hay arte más pronto y eficaz para aprender un idioma, que la necesidad de tratar con los que lo hablan naturalmente.

A los dos ó tres meses ya sabia yo lo bastante para entender al isleño sin intérprete, y entónces me dijo que era hermano del tután ó virey de la provincia, cuya capital era aquella isia llamada Sancheofú: que él era su segundo ayudante, y se llamaba Limahoton. A seguida se informó de mi nombre y de la causa



de mi navegacion por aquellos mares, como tambien de cuál era mi patria.

Yo le satisfice á todo, y él mostró condolerse de mi suerte, admirándose igualmente de algunas cosas que le conté del reino de Nueva España.

Al dia siguiente á esta conversacion me llevó á conocer á su hermano, á quien saludé con aquellas reverencias y ceremonial en que me habin instruido, y el tal tután me hizo bastante aprecio; pero con todo su cariño me dijo: ¿y tú qué sabes hacer? Porque aunque en esta provincia se usa la hospitalidad con todos los extranjeros pobres, ó no pobres, que aportan á nuestras playas, sin embargo, con los que tratan de detenerse en nuestras ciudades no somos muy indulgentes pasado cierto tiempo, sino que nos informamos de sus habilidades y oficios para ocuparlos en lo que saben hacer, ó para aprender de ellos lo que ignoramos. El caso es que aquí nadie come nuestro arroz ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces sin ganarlo con el trabajo de sus manos. De manera, que al que no tiene ningun oficio ó habilidad se lo enseñamos, y dentro de uno ó dos años ya se halla en estado de desquiciar poco á poco lo que gasta el tesoro del rey en fomentarlo. En esta virtud, dime qué oficio sabes, para que mi hermano te recomiende en un taller donde ganes tu vida.

Sorprendido me quedé con tales avisos, porque no sabia hacer cosa de provecho con mis manos, y así le contesté al tután: señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente.

Perdió su gravedad el mesurado mandarin al oír mi disculpa, y comenzó á reír á carcajadas, apretándose la barriga y tendiéndose sobre uno y otro cojin de los que tenia á los lados, y cuando se desahogó me dijo: ¿Con que en tu tierra es bajeza trabajar con las manos? ¿Luego cada noble en tu tierra será un tután ó potentado, y segun eso todos los nobles serán muy ricos? No

señor, dije: no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; ántes hay innumerables que son pobrísimos, y tanto, que por su pobreza se hayan confundidos con la escoria del pueblo.

Pues entónces, decía el tután, siendo esos ejemplares repetidos, es menester creer que en tu tierra todos son locos caballescicos; pues mirando todos los dias lo poco que vale la nobleza á los pobres, y sabiendo lo fácil que es que el rico llegue á ser pobre y se vea abatido aunque sea noble, tratan de criar á los hijos hechos unos holgazanes, exponiéndolos por esta especie de locura á que mañana ú otro dia perezcan en las garras de la indigencia.

Fuera de esto, si en tu tierra los nobles no saben valerse de sus manos para buscar su alimento, tampoco sabrán valer á los demás, y entónces dime: ¿de qué sirve en tu tierra un noble ó rico (que me parece que tú lo juzgas iguales)? ¿De qué sirve uno de éstos, digo, al resto de sus conciudadanos? Seguramente un rico ó un noble será una carga pesadísima á la república.

No señor, le respondí; á los nobles y á los ricos los dirigen sus padres por las dos carreras ilustres que hay, que son las armas y las letras, y en cualquiera de ellas son utilísimos á la sociedad.

Muy bien me parece, dijo el virey. ¿Con que á las armas ó á las letras está aislada toda la utilidad por venir de tus nobles? Yo no entiendo esas frases. Dime, ¿qué oficios son las armas y las letras?

Señor, le contesté, no son oficios sino profesiones; y si tuvieran el nombre de oficios, serian viles y nadie querría dedicarse á ellas. La carrera de las armas es aquella donde los jóvenes ilustres se dedican á aprender el arte de la guerra con el auxilio del estudio de las matemáticas, que les enseña á levantar planos de fortificacion, á minar una fortaleza, á dirigir simétricamente los escuadrones, á bombear una ciudad, á disponer un combate naval, y á cosas semejantes, con cuya ciencia se hacen

los nobles aptos para ser buenos generales y ser útiles á su patria, defendiéndola de las incursiones de los enemigos.

Esa ciencia es noble en sí misma, y demasiado útil á los ciudadanos, dijo el chino, porque el deseo de la conservacion individual de cada uno exige apreciar á los que se dedican á defenderlos. Muy noble y estimable carrera es la del soldado; pero dime: ¿por qué en tu tierra son tan esquisitos los soldados? ¿Qué no son soldados todos los ciudadanos? Porque aquí no hay uno que no lo sea. Tú mismo, mientras vivas en nuestra compañía serás soldado y estarás obligado á tomar las armas con todos, en caso de verse acometida la isla por enemigos.

Señor, le dije, en mi tierra no es así. Hay porciones de hombres destinados al servicio de las armas, pagados por el rey, que llaman ejércitos ó regimientos; y esta clase de gentes tiene obligacion de presentarse sola delante de los enemigos, sin exigir de los demás, que llaman paisanage, otra cosa que contribuciones de dinero para sostenerse, y esto no siempre, sino en los graves apuros.

Terrible cosa son los usos de tu tierra, dijo el tután: ¡pobre rey! ¡pobres soldados y pobres ciudadanos! ¿Qué gasto tendrá el rey! ¿qué expuestos se verán los soldados, y qué mal defendidos los ciudadanos por unos brazos alquilados! ¿No fuera mejor que en caso de guerra todos los intereses y personas se reunieran bajo un único punto de defensa? ¿Con cuánto más empeño pelearian en este caso, y qué temor impondria al enemigo esta union general? Un millon de hombres que un rey ponga en campaña á costa de mil trabajos y subsidios, no equivale á la quinta parte de la fuerza que opondria una nacion compuesta de cinco millanes de hombres útiles de que se compusiera la misma nacion. En este caso habria más número de soldados, más valor, más resolucion, mas union, más interés y ménos gasto. A lo ménos así lo practicamos nosotros, y somos invencibles para los tártaros, persas, africanos y europeos.

Pero toda esta es conversacion. Yo no entiendo la política de tu rey, ni de las demás de Europa, y mucho ménos tengo noticia del carácter de sus naciones; y pues ellos que son los primeros interesados así lo disponen, razon tendrán; aunque siempre me admiraré de este sistema.

Mas supuesto que tú eres noble, dime, ¿eres soldado? No señor, le dije, mi carrera la hice por las letras. Bien, dijo el asiático: ¿y qué has aprendido por las letras ó las ciencias, que eso querrás decir?

Yo pensando que aquel era un tonto, segun habia oido decir que lo eran todos los que no hablaban castellano, le respondí que era teólogo. ¿Y qué es teólogo? dijo el tután: Señor, le respondí, es aquel hombre que hace estudio de la ciencia divina, ó que pertenece á Dios. ¡Hola! dijo el tután: este hombre deberá ser eternamente adorable. ¿Con que tú conoces la esencia de tu Dios á lo ménos? ¿Sabes cuáles son sus atributos y perfecciones, y tienes talento y poder para descorrer el velo á sus arcanos? Desde este instante serás para mí el mortal más digno de reverencia. Siéntate á mi lado, y dignate de ser mi consejero.

Me sorprendí otra vez con semejante ironía, y le dije: Señor, los teólogos de mi tierra no saben quién es Dios ni son capaces de comprenderlo, mucho ménos de tantear el fondo infinito de sus atribuciones, ni de descubrir sus arcanos. Son unos hombres que explican mejor que otros las propiedades de la Deidad y los misterios de la religion.

Es decir, contestó el chino, que en tu tierra se llaman teólogos los santones, sábios ó sacerdotes que en la nuestra tienen noticias más profundas de la esencia de nuestros dioses, de nuestra religion y de sus dogmas; pero por saber solo esto y enseñarlo, no dejan de ser útiles á los demás con el trabajo de sus manos; y así á tí nada te servirá ser teólogo de tu tierra.

Viéndome yo tan atacado, y procurando salir de mi ataque á fuerza de mentiras, creyendo simplemente que el que me habla

ba era un necio como yo, le dije que era médico. ¡Oh! dijo el vi-  
rey, esa es gran ciencia, si tú no quieres que la llame oficio,  
¡Médico! ¡buena cosa! Un hombre que alarga la vida de los otros  
y los arranca de las manos del dolor, es un tesoro en donde vive.  
Aquí están los cajones del rey abiertos para los buenos médicos  
inventores de algunos específicos que no han conocido los anti-  
guos. Esta no es ciencia en nuestra tierra, sino un oficio liberal,  
y al que no se dedican sino hombres muy sábios y experimenta-  
dos. Tal vez tú serás uno de ellos y tendrás tu fortuna en tu ha-  
bilidad; pero la veremos.

Diciendo esto, mandó traer una yerba de la maceta número  
diez de su jardín. Trajéronla, y poniéndomela en la mano, me  
dijo el tután: ¿contra qué enfermedad es esta yerba? Quédeme  
embarazado con la pregunta, pues entendía tanto de botánica  
como de cometas cuando desatiné sobre éstos en Tlalnepantla;  
pero acordándome de mi necio orgullo, tomé la yerva, la ví, la  
olí, la probé, y lleno de satisfaccion dije: Esta yerba se parece  
á una que hay en mi tierra que se llama *parietaria* ó *tianguispe-  
petla*, no me acuerdo bien de ellas, pero ámbas son febrífugas.

¿Y qué son febríbugas? preguntó el tután, á quien respondí,  
que tenían especial virtud contra la fiebre ó calentura.

Pues me parece, dijo el tután, que tú eres tan médico como  
teólogo ó soldado; porque esta yerba tan léjos está de ser reme-  
dio contra la calentura, que ántes es propísima para acarrearla,  
de suerte que tomadas cinco ó seis hojitas de infusion de medio  
cuartillo de agua, encienden terriblemente en calentura al que  
las toma.

Descubierta tan vergonzosamente mi ignorancia, no tuve más  
escape que decir: Señor, los médicos de mi tierra no tienen obli-  
gacion de conocer los caracteres particulares de las yerbas, ni  
de saber deducir las virtudes de cada una por principios gene-  
rales. Básteles tener en la memoria los nombres de quinientas ó

seiscientas, con la noticia de las virtudes que les atribuyen los  
autores, para haer uso de esta tradicion á la cabecera de los  
enfermos, lo que se consigue fácilmente con el auxilio de las far-  
macopéas.

Pues á tí no te será tan fácil, dijo el mandarín, persuadirme á  
que los médicos de tu tierra son tan generalmente ignorantes en  
materia de conocimiento de las yerbas, como dices. De los médi-  
cos como tú, no lo negaré; pero los que merezcan este nombre,  
sin duda no estarán enterrados en tan grosera estupidez, que á  
más de deshonar su profesion, seria causa de infinitos desastres  
en la sociedad.

Eso no os haga fuerza, señor, le dije: porque en mi tierra la  
ciencia ménos protegida es la medicina. Hay colegios donde se  
dan lecciones del idioma latino, de filosofia, teología y ámbos de-  
rechos: los hay donde se enseña mucho y bueno de química y fi-  
sica experimental, de mineralogía ó del arte de conocer las pie-  
dras que tienen plata, y de otras cosas; pero en ninguna parte se  
enseña medicina. Es verdad que hay tres cátedras en la Univer-  
sidad, una de *prima*, otra de *visperas*, y la tercera de *methodo me-  
dendi*, donde se enseña alguna cosita, pero esto es un corto rato  
por las mañanas, y eso no todas las mañanas; porque á más de  
los juéves y dias de fiesta, hay muchos dias de asueto que dan á  
los estudiantes, los que por lo regular, como jóvenes, están más  
gustosos con el paseo que con el estudio.

Por esta razon, entre otras, no son en mi tierra comunes los  
médicos verdaderamente tales, y si hay algunos que llegan á ad-  
quirir este nombre, es á costa de mucha aplicacion y desvelos, y  
y arrimándose á éste ó á aquel hábil profesor para aprovecharse  
de sus luces.

Agregad á esto, que en mi tierra se parten los médicos ó se  
divide la medicina en muchos ramos. Los que curan las enfer-  
medades exteriores, como úlceras, fracturas ó heridas, se llaman  
*cirujanos*, y éstos no pueden curar otras enfermedades sin incu-

rrir en el enojo de los médicos, ó sin grangearse su disimulo. Los que curan las enfermedades como fiebres, pleuresias, anasarcas, etc., se llaman *médicos*: son más estimados porque obran más á tientas que los cirujanos, y se premia su saber con títulos honoríficos literarios, como de bachilleres y doctores.

Ambas clases de médicos exteriores é interiores tienen sus auxiliares que sangran, ponen y curan cáusticos, echan ventosas, aplican sanguijuelas y hacen otras cosas que no son para tomadas en boca, y estos se llaman *barberos y sangradores*.

Otros hay que confeccionan y despachan los remedios, los que de poco tiempo á esta parte están bien instruidos en la química y en la botánica, que es la que llamais ciencia de las yerbas. Estos sí conocen y distinguen los *sexos* de las plantas, y hablan fácilmente de *cálices, estambres y pistilos*, gloriándose de saber genéricamente sus propiedades y virtudes. Estos se llaman *boticarios*, y son los auxiliares de los médicos.

Atendríame yo á ellos, dijo el tután, pues á lo ménos se aplican á consultar á la naturaleza en una parte tan necesaria á la medicina, como el conocimiento de las clases y virtudes de las yerbas. En efecto, en tu tierra habrá boticarios que curarán con más acierto que muchos médicos.

Cuanto me has dicho me ha admirado, porque veo la diferencia que hay entre los usos de una nacion y los de otra. En la mia no se llama médico, ni ejercita este oficio sino el que conoce bien á fondo la estructura del cuerpo humano, las causas por que padece, y el modo con que deben obrar los remedios que ordena; y á más de esto, no se parten como dices que se parten en tu tierra. Aquí el que cura es médico, cirujano, boticario y asistente. Fiado el enfermo á su cuidado, él lo ha de curar de la enfermedad de que se queja, sea externa ó interna: ha de ordenar los remedios, los ha de hacer, los ha de administrar, y ha de practicar cuantas diligencias considera oportunas á su alivio. Si el enfermo sana, le pagan, y si nó, lo echan noramala; pero en cada na-

cion hay sus usos. Lo cierto es que tú no eres médico, ni aun puedes servir para aprendiz de los de acá; y así di qué otra cosa sabes con que puedas ganar la vida.

Aturdido yo con los aprietos en que me ponía el chino á cada paso, le dije: que tal vez seria útil para la abogacía. ¿Abogacía? dijo él, ¿qué cosa es? ¿Es el arte de bogar en los barcos? No señor, le dije: la abogacía es aquella ciencia á que se dedican muchos para instruirse en las leyes nacionales, y exponer el derecho de su clientes ante los jueces.

Al oír esto, reclinóse el tután sobre la mesa poniéndose la mano en los ojos y guardando silencio un largo rato, al cabo del cual levantó la cabeza y me dijo: ¿con que en tu tierra se llaman abogados aquellos hombres que aprenden las leyes del reino para defender con ellas á los que los ocupan aclarando sus derechos delante de los tutanes ó magistrados?

Eso es, señor, y no más. ¡Válgame Tien! dijo el chino. ¿Es posible que en tu tierra son tan ignorantes que no saben cuáles son sus derechos, ni las leyes que los condenan ó favorecen? No me debían tan bajo concepto los europeos.

Señor, le dije: no es fácil que todos se impongan en las leyes por ser muchas, ni mucho ménos en sus interpretaciones, las que sólo pueden hacer los abogados porque tienen licencia para ello, y por eso se llaman *licenciados*. . . . . ¿Cómo, cómo es eso de interpretaciones? dijo el asiático: ¿pues qué, las leyes no se entienden segun la letra del legislador? ¿Aun están sujetas al génio sofisticado del intérprete? Si es así, lástima tengo á tus connaturales, y abomino el saber de sus abogados.

Pero sea de esto lo que fuere, si tú no sabes más de lo queme has dicho, nada sabes; eres inútil, y es fuerza hacerte útil porque no vivas ocioso en mi patria. Limahoton: pon á este extranjero á que aprenda á cardar seda, á teñirla, á hilarla y á bordar con ella: y cuando me entregue un tapiz de su mano, yo le aco-

modaré de modo que sea rico. En fin, enséñale algo que le sirva para subsistir en su tierra y en la agena.

Diciendo esto se retiró, y yo me fui bien avergonzado con mi protector, pensando cómo aprendería al cabo de la vejez algun oficio en una tierra que no consentia inútiles ni vagos Periquillos.

CAPITULO IV

En el que nuestro Perico cuenta cómo se fingió conde en la isla: lo bien que lo pasó: lo que vió en ella, y las pláticas que hubo en la mesa con los extranjeros, que no son del todo despreciables.



**S** acordareis que apoyado desde mi primera juventud ó desde mi pubertad en el consentimiento de mi cándida madre, me resistí á aprender oficio, y aborreciendo todo trabajo, me entregué desde entónces á la holgazanería. Habreis advertido que esta fué causa de mi abatimiento: que por este contraje las más soeces amistades, cuyos ejemplos no sólo me prostituyeron á los vicios, sino que me hicieron pagar bien caro las libertades que me tomaba, viéndome á cada paso despreciado de mis parientes, abandonado aun de mis malos amigos, golpeado de los brutos y de los hombres, calumniado de ladrón, sin honor, sin dinero, sin estimacion, y arrastrando siempre una vida fatigosa y llena de miserias; y cuando reflexioneis en que á la edad de más de treinta años, despues de salir desnudo de un naufragio, y de haber tenido la suerte de un buen